

# BIBLIOTECA DE LOS SIN DIO



AVGVSTO  
VIVERO

esello  
30

LUCA

S. MATIO

LUCA

S. MATIO

ILATOS FCHA  
AC MIFIA



Biblioteca de los sin Dios

Año I

Núm. 19

== Pilatos ==  
echa las muelas

por

AUGUSTO VIVERO

Portada de ARGUELLO



EDICIONES LIBERTAD

Calle de Roma, 41

MADRID

Pidan los folletos aquí anunciados a EDICIONES LIBE

TAD, Roma, 41, MADRID.—A reembolso, 30 por 100.

LA NOVELA PROLETARIA y la BIBLIOTECA DE LOS SIN DIOS, son las p  
caciones predilectas del pueblo. Raro es el número que no se agota. De cada un  
éstos se vende un promedio nunca inferior a 30.000 ejemplares.

La BIBLIOTECA DE LOS SIN DIOS, terror del beaterio, de la clerecía y de  
clericales al servicio de la República, no se puede anunciar en ningún periódico d  
llamados republicanos. Los neos compran los ejemplares para destruirlos. Los c  
los maldicen desde el púlpito. Las beatas de cruz al cuello, los consideran obr  
Satanás.

VAN PUBLICADOS EN

« La Novela Proletaria »

- Ejemplar, ¡25 céntimos!  
Núm. 1.—«Sindicalista de acción», por Augusto Vivero.  
Núm. 2.—«Una pedrada a la virgen», por José Antonio Balbontin.  
Núm. 3.—«Las Animas Benditas», por Eduardo Barriobero.  
Núm. 4.—«La caída del Dictador», por Angel Pestaña.  
Núm. 5.—«Mi dama y mi star», por Angel Samblancat.  
Núm. 6.—«¡Pero mató a un burgués!» por Carrasco.  
Núm. 7.—«Las calaveras de plomo», por Salvador Sediles.  
Núm. 8.—«El Confidente», por Eduardo de Guzmán.  
Núm. 9.—«A tiro limpio», por Augusto Vivero.  
Núm. 10.—«La Bomba», por Rodrigo Soriano.  
Núm. 11.—«Un ensayo revolucionario», por Mauro Bajatierra.  
Núm. 12.—«¿Dónde está Dios?», por César Falcón.  
Núm. 13.—«Infamias», por Antonio Jiménez.  
Núm. 14.—«La ley de fugas», por Emilio Mistral.  
Núm. 15.—«Abel mató a Caín», por Ramón Franco.  
Núm. 16.—«Un periodista», por Ramón Magre.  
Núm. 17.—«El enchufista», por Augusto Vivero.  
Núm. 18.—«Noche Roja», por R. Soriano.  
Núm. 19.—«Resignación, hermanos!», por Salvador Sediles.  
Núm. 20.—«El Agente confidencial», por César Falcón.  
Núm. 21.—«¡La guerra que viene!», por Augusto Vivero.  
Núm. 22.—«¿Quo Vadis, burguesía?», por Hildegart.  
Núm. 23.—«La lucha del soldado rojo», E. Madarasz.

«Biblioteca de los sin Dio  
de Augusto Vivero, los s  
guientes:

- Núm. 1: «Jesucristo, mala persona  
2: Las alegres abuelas de Jesucristo  
nunciada).—3: La absurda virginidad  
María (denunciada).—4: ¡Eso de las  
ties! 5: La farsa de Cristo rey.—6:  
chirimboles del altar.—7: La ignoran  
de Jesucristo.—8: ¡Vaya un Cielo de  
Biblia!—9: Jesús, santifica el matrimo  
civil.—10: El pobre Diablo, en ridícu  
11: Origen nefando de los conventos  
nunciada).—12: Dios Padre, pedrus  
13: Cristo no fué cristiano».—14: El  
cramento Vaginal.—15: Jesucristo ho  
sexual.—16: El Santo revoltillo de  
Misa.—17: «Adán, Eva y Compañí  
18: 3 decálogos por 3: 30 mandamien  
19: Pilato hecha las muelas.

Ejemplar, ¡25 céntimos!

NUESTRA ODISEA  
EN VILLA CISNERO

por TOMAS CANO RU  
prólogo de RAMON FRAN

50 céntimos ejemplar.

---

---

# Pilatos echa las muelas

---

Fray Alonso de la Bondad Divina retornó a su celda lleno de júbilo. Fray Alonso era dominico, además navarro, de añadidura inquisidor, y encima de todo esto, creyente. Y como dominico, inquisidor, navarro y católico, acababa de condenar a la hoguera, por judaizante, a una familia de mercaderes acaudalados, convictos y confesos del crimen de no cocinar los garbanzos con tocino.

Arrodillóse humilde ante un gran cuadro, representativo de Jesús en el Pretorio, y murmuró santamente:

—Jesús bueno, recibe con agrado mi cristiana ofrenda. Si mentí al acusar a tales cristianos nuevos, de amor tuyo lo hice. Por mis palabras fenece-  
rán quemados ese hombre, su padre, su madre y su mujer. Quisiera que todos los millones de judíos del mundo tuviesen un solo cuerpo a fin de quemarlo en memoria tuya, ¡oh Cordero dulce y pío!, para que su hórrido padecer compensase algo lo que

tú padeciste. Arma, pues, de ira mi corazón, y que montones de judíos ardan en rescate de aquel enjuiciamiento criminal que te lanzó a la cruz para que se cumpliesen las profecías y los deseos de tu divino Padre.

¿Fue milagro? Al levantar el dominico la frente del suelo, vió, atónito, que una oquedad profunda substituía el cuadro del Pretorio. Y convulso, los pelos de punta, oyó el fraile unos gemidos aterradores que llegaban de aquél como pasadizo lleno de tinieblas.

Repentinamente, un judío de clásico ropaje, remangada la túnica, erizado el cabello, saltó a la celda por la increíble abertura dando alaridos espantosos.

El fraile, sin vacilar, lanzóse con furia sobre su lecho, y rebujándose a toda prisa en las mantas, hizo el muerto lo mejor que pudo.

Y he aquí que, acreciendo su espanto, aún brinco a la celda otro compatriota de Jesús. Y tras él, otro. Y aún otro más. Sucios, según añeja costumbre del pueblo de Dios; al aire los peludos tobillos, y ululantes de terror, los cuatro matafías se guarecieron en una rinconada. Y apelotonados allí, saliéndoseles de las órbitas los ojos, erizada la crespada cabellera, quedaron inmóviles, mira que mira la tenebrosa oquedad por donde aparecieron.

No sin causa, pues por allí mismo irrumpió, blandiendo temible garrote, un adusto patricio romano, viva estampa de la cólera.

—¡Pilato!—exclamó fray Alonso de la Bondad Di-

vina, Y quiso, mas no pudo, balbucir alguna de las oraciones que solía masticar de cuando en cuando.

Los cuatro judíos, apenas asomó el terrible poncio, cayeron de rodillas.

—¡Al fin os hallo, tunantes!—clamó éste, frenético—. ¡Los siglos que me tenéis fuera de mis casillas!

—¡Perdón, no lo haremos nunca más!—pusieron-se a gemir en griego los matafías. Y gime que gime, besaban el entarimado de la celda.

Cruzose de brazos el procurador imperial. Y mirándoles con desprecio—con aquel desprecio que siempre tuvo a los judíos—, gritó irascible:

—¿Conque no, perros? ¿Y el ludibrio que sobre mí echásteis con vuestras pueriles invenciones? ¡Presentarme como un obtuso desconocedor de mis deberes! ¡Fingirme hombre sin agallas, blanducho y contemporizador! ¡Poner en mi tiempo la paparrucha que inventásteis mucho después! ¡Impostores!

—¡Piedad, piedad!—suplicaron los judíos arrastrándose a sus pies—. ¡Piensa que fuimos novelistas, no historiadores!

—¿Y qué?—barbotó ceñudo el cruel poncio—. Si os placía inventar un dios nuevo con desperdicios de otras religiones, ¿necesitábais mentir asimismo deformando mi carácter?

En esto saltó a la estancia otro personaje, gordifloncete y de mortecino mirar, muy ufano con la pompa de sus vestiduras

—A fe de Herodes Antipas—dijo con voz sonora—, que vuestras falsedades son inauditas. Por ellas,

éste y yo andamos persiguiéndoos hace muchas centurias. Tú, mentiroso Marcos, ¿por qué me dices rey (1), cuando sólo fuí tetrarca de Galilea y Perea? ¿Por qué, falsarios Marcos y Mateo, afirmáis que tomé conmigo a Herodías, mujer de mi hermano Felipe? (2). Ignoráis que Herodías era esposa de mi otro hermanastro Herodes, y no de Felipe, según decís? ¿Qué mal hubo en que yo tuviese por consorte a una sobrina mía, divorciada de su esposo? ¿No casó vuestro Abraham con su hermanastra Sara? ¡Perros, la esposa de Felipe era Salomé, hija de Herodías! ¿Y tuve yo algo con ella, farsantes? ¡Todo, para inventar la grotesca fábula del descabezamiento del Bautista por la danza de Salomé!

—¡Perdóname, portentoso Herodes!—solloza Marcos—. Yo inventé lo tuyo con Herodías al leer en Josefo los amores de Arquelao con su cuñada Glafira (3).

—¡Perdonaros!—intervino el poncio—. Reparad, mendaces, que vuestras bárbaras narraciones pasarán por cosa indiscutible. Y bueno que en ellas abunden atrocidades geográficas, cronológicas y milagreras, ¡mas lo hecho con nosotros!

—¡Que tu benevolencia caiga sobre nuestros abusos, oh Pilato insigne!—murmura el más viejo y sucio de los matatías—. Ninguno de los cuatro estuvimos jamás en Palestina. Y si damos algunos nom-

---

(1) Marcos, cap. VI, vers. 14.—(2) *Idem id.*, versículo 17, y Mateo, cap. XIV, vers. 3-4.—(3) «Guerras de los judíos», lib. II, cap. VI.

bres propios a tales o cuáles de los individuos que nos plugo usar, fué por haberlos visto en Flavio Josefo. ¡Ay! ¡Así las narraciones evangélicas constituyen confuso revoltillo de gazapos!

Oyendo al primer evangelista, por poco si se desmaya fray Alonso de la Bondad Divina. ¡Cielos! ¡Y él hacía quemar vivos a hombres y mujeres por una colección de cuentos infantiles!

Pilato miró con severidad a Marcos:

—Vuestras mentiras, oh inventores del Dios hijo, son imperdonables. A causa de vosotros, desde que bajé a los Campos Elíseos mi sombra lleva tras sí—por chacota de otros muertos ilustres—, cien servidores con jofainas de oro. Y me paso la vida lavándome las manos.

En aquel instante, como por obra de conjuro, iluminóse el hueco por donde entrara el Poncio, y vióse llegar enorme tropa de gigantazos negros con aguamaniles, jabones y toallas.

—Discúlpate, Marcos—manda Herodes—. Tú, con tu burdo invento del Cristo, produjiste a la Humanidad espantoso daño. Los dioses iban de capa caída, camino de ser jubilados. Tú, cogíste cualidades y hechos de Agni, el símbolo del fuego; de Baco, el Redentor tan antiguo que los árabes prehistóricos le atribuían el milagro de haber hecho pasar a pie enjuto, por el Mar Rojo, a tres millones de hombres, mujeres y niños de sus tribus; de los Redentores Horo-Ammón, Sem-Hércules, Mitra, Apolo, Adonis, Attis. Amasáste de mala manera dichos atributos y con todos hicíste a Jesús. Por tal crimen,

los hombres padecerán otro inútil Redentor muchos siglos. Un día, los mortales te maldecirán a tí, Marcos, y asimismo a tus imitadores y reformadores Mateo, Lucas, y ese otro desconocido a quien la Iglesia llama San Juan Evangelista (4). Pero en el ínterin justo es que te disculpes con nosotros, víctimas vuestros.

—¿Qué disculparse?—chilla Pilato, blandiendo su estaca—. O aquí me demuestran que estoy loco y hubo en verdad un Jesucristo, o ¡ay de ellos!

Marcos tuvo la sonrisa más adulatoramente judaica del mundo.

—Tranquilízate, luz de Judea—dijo—. No estás loco. Ni tú, ni nadie, vió a Jesús. ¡Como que lo he inventado enterito, de pies a cabeza!

Pilato puso en él una mirada terrible.

—¡Mientes, bellacón!—Si fuese mentira que hubo un Jesucristo, ¿creyérase que yo le juzgué? ¿Que transigí con la odiosa gentuza hierosimitana? ¿Que pisoteé mi historia y carácter, mis fueros y deberes de procurador imperial, en la escena del Pretorio?

Marcos se inclinó sumiso:

—Insigne Poncio—habló—, confieso mi culpa. Jesús es obra mía. Pero no creí dañar a nadie al inventarlo. Pergeñé un libro de imaginarias aventuras religiosas, como antaño se hizo con Moisés, Job, Tobías, Ester, Ruth. ¿Tengo la culpa de que gentes de corto meollo tomen en serio invenciones sin pies

---

(4) Véase en esta Biblioteca: «Adán, Eva y Compañía».

ni cabeza? ¿No acabas de oír a Herodes algunos de nuestros disparates?

Pilato le contempló cejijunto.

—Escucha, primer evangelista. O sales de aquí sin un hueso sano, o me pruebas que sólo por estolidez se ha podido aceptar vuestras monsergas...

Serenóse la fisonomía de Marcos.

Luz del mundo—dijo—, verás como los evangelistas nos esforzamos en mostrar lo inaceptable y absurdo de nuestros relatos.

Fray Alonso de la Bondad Divina miró aterrado al padre auténtico del Cristo. Qué horrores iba a decir el sentido común por boca del evangelista?

\* \* \*

Habló Marcos:

—A nosotros, los judíos de Alejandría, que vivíamos prestando al 60 por 100, haciendo de alcahuetes y estafando a quien podíamos, nos impresionaban mucho las doctrinas de Filón, contemporáneo tuyo. Verás: entonces era común en todas las mitologías de la idea de un mediador entre la Divinidad y los hombres.

—Lo sé—arguyó Pilato—. Para los estoicos era Mercurio, mensajero de los dioses. Para los egipcios, Thot encarnaba el Verbo Creador. Para los persas, el divino intermediario era unas veces Mitra, Salva-

dor que sucumbe destrozado por los padecimientos; y otras, Saohyant, el *Hijo de Virgen*, juez supremo en el día del Juicio Final, y venido al mundo para redimir a los hombres, venciendo a Arimán, que hoy conocemos con el apodo de «El Diablo».

—De ese persa, Hijo de Virgen, tomé mi cuentecillo referente a Jesús y María—salta Mateo, presuroso.

—Y yo, y yo—agrega Lucas—. Porque debes recordar, oh Poncio, que los judíos trajeron de la cautividad babilónica muchas consejas del mazdeísmo.

—Yo—aclara Marcos—no me atreví con la monstruosa fábula de la Virgen paridora. En trueque me dejé guiar por las doctrinas de Filón. Este aceptaba diversos mediadores. Uno de los principales era el Logos, Verbo creador celeste. Llamábale Filón «El hijo primogénito de Dios» o «la segunda persona.»

—¡Eh, tú!—salta el desconocido a quien se dice San Juan—. A Filón lo saqué de cabo a rabo en lo del Logos. Tú solamente cogiste de él lo del Hijo primogénito de Dios.

—Cierto—corroborra el primer evangelista—. Pero, al comenzar mi cuentecillo, cometí otros hurtos. Repasé a Flavio Josefo para documentarme un poco en historia y topografía judaicas, y en Josefo, aprendí la facilidad con que ciertos ladrones judíos, diciéndose Mesías, juntaban racimos de prosélitos. ¿Recordáis lo de aquel Bar Cochba, el «Hijo de la Estrella?» ¿Y lo del Judas gaulonita? ¡Y lo de aquel

egip  
que  
c'ed  
histo  
mo  
gent  
las C

mi p  
dos  
medi  
mem  
Jesús  
dios  
solar  
acud  
tro,  
secue  
según  
que p

—  
aque  
de la

—  
quisi  
jefe  
pájar

(5)

egipcio (5), que me fué tan útil para mi cuento y que trajo con sus embustes de profeta una gran multitud al monte de las Olivas, donde acabó su historia? Pues ello me indujo a crear el proselitismo de mi Jesús imaginario, y hasta la escena de la gente armada que acude contra Jesús al monte de las Olivas.

—Sigue—manda Herodes.

—Pero el individuo a quien verdaderamente debo mi protagonista, no fué ninguno de aquellos bandidos religiosos. Fué un pillastre, medio saludador, medio prestimano, y un si es no es apóstol, que dejó memoria de sí en Alejandría. Este pájaro llamóse Jesús—Jeschuah—, nombre muy común entre los judíos helénicos y forma griega de Josué, Salvador solar de los antiguos israelitas. El Jesús de narras acudió fugitivo a Alejandría, en unión de su maestro, el rabí Joshúa ben Perahyah, huyendo a las persecuciones del rey judaico Alejandro Janneo, que, según sabéis, vivió casi un siglo antes del tiempo en que pongo mi novela.

—Semejante fuga—explica Mateo—me sugirió aquello de la escapatoria a Egipto, en que hurtó de la fuga de la Virgen Isis con su niño Horo.

—Aquel Jesús, hábil curandero, charlatán fresquísimo, volvió al fin a Judea. Y a su retorno hízose jefe de una fugaz secta de judíos apóstatas. Aquel pájaro fué lapidado y colgado la víspera de Pascua.

---

(5) «Guerra de los Judíos», lib. II, cap. XII.

—¡ Ah! — exclama Pilato—: También matáis al vuestro la víspera de Pascua. ¡ He ahí la base de tu serie de cuentos a lo divino!

—Por cierto—agrega el llamado Juan—que de ese farsante Jeschuah habla el Talmud. Lo podéis ver.

—Calla, deshonesto—interrumpe airado el poncio—. ¿ No eres tú el que huyó desnudo la noche en que prendieron a Jesús? (6). ¿ Qué hacías allí en cuecos con él? (7).

Soltó Marcos la carcajada.

—Sí; al plagiar lo del monte de las Olivas del profeta egipcio de Josefo, puse la patraña del que huyó desnudo. ¿ Y sabes por qué? Por atenerme a la chusca « profecía » de Amós: « El esforzado entre esforzados huirá desnudo aquel día » (8). ¿ No te han dicho que todos los cuentos relativos a Jesús están adaptados a quisicosas del Antiguo Testamento?

—¡ Dios mío! — pensó en su envoltorio de mantas fray Alonso—. ¡ Y a eso llamamos « cumplirse las profecías! »

—En fin—siguió Marcos—con un poco del Talmud, otro poco de Filón, otro poco de las « Guerras de los Judíos » y unos retales del Antiguo Testamento, pude hilvanar mi obra. Para la Pasión y Muerte me bastó combinar el capítulo 53 de Isaías con el Salmo 22, que desvalijé materialmente. ¿ Quién que tenga ojos en la cara podrá negarlo?

---

(6) Marcos, cap. XIV, vers. 51-52.—(7) Véase: « Jesucristo, homosexual ».—(8) Amós, cap. II, vers. 16.

—¡Hum!—refunfuñó Pilato—. ¡Si no ven siquiera la semejanza de Jesús con Esculapio, que en Grecia llevó el nombre de Jasios! Y cuenta que Jasios, con sus doce apóstoles (los signos del Zodíaco) recorre las comarcas haciendo milagros y más milagros. En fin, tú has ofrecido probarme que ninguna persona sensata puede creer ya lo de la Pasión y Muerte. Dí.

—Va por vosotros, excelsos Pilato y Herodes—dijo el evangelista brindándoles sus explicaciones.

—Venga de ahí, judío—replicó el poncio con agrio gesto—. Principia en cuando, al plagiar tú lo del profeta egipcio del monte de las Olivas, haces que prendan a tu Jesús. Y ¡ay de tí si, al final, creo que vuestra historia tiene una chispa de sentido común!

—Verás cómo no la tiene. Te lo garantizamos los cuatro evangelistas—asegura Marcos, mientras sus tres imitadores dan enérgicas afirmativas cabezadas.

\* \* \*

—Nuestro relato de la Pasión—comienza—tiene por punto débil la increíble ignorancia en que estábamos sobre las costumbres judiciales de nuestros compatriotas de Jerusalem. Así acumulamos en la historieta barbaridad sobre barbaridad. Por ejemplo, al hacer yo que prendan a Jesús, ¿adónde ha-

bía de mandarlo, en sana lógica? Es indiscutible: a la Beth Din, tribunal de justicia encargado de instruir los procesos criminales por materia religiosa. La Beth Din—constituída por elementos de las tres Cámaras integradoras del Sanhedrín—debía escuchar al acusado, a los testigos y a los acusadores. Y una vez instruído el proceso, enviar el delincuente al Sanhedrín, para que él—en reunión plenaria de sus 70 miembros, presididos por el sumo sacerdote—viese y fallase la causa en una de las sesiones públicas que en el Templo celebraba lunes y jueves (9). Por desconocer todo esto, yo trinco a Jesús y lo mando ¡a casa del sumo sacerdote! Por cierto que callo prudentemente su nombre (10).

—Yo—salta Mateo—, bautizo cristianamente a ese hombre. Le llamo Caifás, aunque no hay en el Talmud ningún pontífice de tal nombre (11).

—Yo—adujo Lucas—cuento que lo llevaron a casa del «príncipe de los sacerdotes» (12). También oculto su patronímico.

—Pues yo—interviene el desconocido a quien se llama San Juan Evangelista—: dispongo cosa distinta. Mando que lo lleven al domicilio de Anás, que había sido pontífice años antes (13). ¿Que por

---

(9) Mischna, t. IV, «De Synedriis», cap. I, apartado 5.—(10) Marcos, cap. XIV, vers. 53.—(11) Mateo, capítulo XXVI, vers. 57.—(12) Lucas, cap. XXII, versículos 54 y siguientes.—(13) Juan, cap. XVIII, versículos 13-22.

qué le llevan allí? Porque me da la realísima gana. Nunca he podido explicarme la razón.

—¡Uyuyuy, qué embrollo!—exclama Herodes llevándose las manos a la cabeza—. Sigue, Marcos.

—Bien—habla éste—. Por mi reverendísimo antojo congreso en casa del sumo sacerdote innominado a los príncipes sacerdotales, ancianos y escribas (14).

—Yo—aclara Mateo—, me contento con llevar allí a los escribas y ancianos (15). Suprimo a tales príncipes.

—Ja, ja—ríe Lucas—. Yo suprimo también a los ancianos y a los escribas (16). Con Jesús sólo hablan los criados, que le golpean para inventar el juego del «Adivina quien te dió».

—Pues yo, señores—explica el llamado San Juan—, pongo en compañía de Anás a los criados de éste (17). Quise que con mi versión hubiese cuatro contradictorias en los Evangelios que admite la Iglesia.

—¿Sabéis—declara Pilato—que juzgo imposible, realmente, que nadie haga caso de vuestros cuentecillos? En fin, Marcos, ¿para qué pones a tu Jesús en presencia de la tertulia de marras?

—¡Oh Pilato grandioso! Para una monstruosidad. Para que el sumo sacerdote pregunte como un necio: «¿Eres tú el Cristo, el Hijo de Dios bendi-

---

(14) Marcos, loc. cit.—(15) Mateo, loc. cit.—(16) Lucas, loc. cit.—(17) Juan, loc. cit.

to?» Si discurre que ningún sacerdote judaico proferiría tamaña blasfemia, juzgarás qué puntos de cordura calza mi fabulilla. Donde Jesús responde guapamente: «Yo soy» (18).

Mateo le interrumpe:

—Mal preguntado y peor respondido. Mi Caifás pregunta la tontería de otro modo: «Te conjuro por el Dios vivo me digas si eres tú el Cristo, Hijo de Dios.» Y tras esta enorme impiedad me sale del forro de la túnica que responda Jesús, taimado y cobarde: «Tú lo has dicho.» Esto es, «yo no» (19).

—Por mi parte, señores míos—habla Lucas—, prefiero hacer que nadie pregunte allí nada. Mi Evangelio suprime ese inaceptable interrogatorio.

—¡No te pongas moños!—le increpa Marcos—. Que antes cometes la pifia de mandar príncipes de los sacerdotes, magistrados del Templo y ancianos con los que prenden a Jesús (20). Y en seguida, los escamoteas.

—Pero el llamado San Juan me deja tamañito en enormidades. ¿No pone, por contradecirme, que los que van a prender a Jesús son ministros de los pontífices, y fariseos? ¿Qué es eso de pontífices, cuando sólo había uno? ¿Y no hace a Anás suegro de Caifás? ¿Y no impone que dicho Anás, aunque no ejerce ningún cargo, actúe en funciones de pontífice

---

(18) Marcos, cap. XIV, vers. 61-62.—(19) Mateo, cap. XXVI, vers. 63-64.—(20) Lucas, cap. XXII, versículo 52.

número 1 o número 2 para interrogar a Jesús? (21).  
¡Eso sí que es inadmisibile!

—¿Y qué?—aduce San Juan encogiéndose de hombros—. En cambio, ¿pregunta mi Anás lo que vuestro tonto pontífice? Interroga a Jesús «acerca de sus discípulos y doctrina». Y hago que Jesús le chafe la guitarra diciéndole: «¿Qué me preguntas a mí? A los que me oyeron pregunta qué he dicho.» (22). ¿No es llamar pollino al pontífice con buenas palabras?

—Me tranquilizáis—interrumpe Pilato, menos adusto—. Vuestra Pasión es pura insensatez. ¿Y por dónde seguís todo ese barullo?

—Lo sigo—responde Marcos, agachada la cabeza—con decir: «Y todos ellos le condenaron a muerte» (23).

—La misma necedad cometo yo—suspira Mateo, sonrojándose (24).

—Cuanto a mí—proclama Lucas, orgulloso—, pues repudio la estulta reunión en casa del Pontífice, no condeno aún a mi Jesús (25).

—Yo—dice el llamado San Juan—me contento con que mi absurdo Anás envíe a Jesús caminito de casa de Caifás (26), no sé para qué.

Pilato dejó fluir la cólera que hervía en él.

—¡Salvajes!—exclama iracundo—. ¿Cómo creís-

---

(21) Juan, cap. XVIII, vers. 3, 13, 19 a 21.—(22) Juan, ídem íd.—(23) Marcos, cap. XIV, vers. 64.—(24) Mateo, cap. XXVI, vers. 66.—(25) Lucas, capítulo XXII.—(26) Juan, cap. XVIII, vers. 24.

teis que semejante delictiva tertulia pudiese imponer pena capital? Ni ella ni aun el Sanhedrín auténtico. ¡Bárbaros! Judea formaba parte de la provincia imperial de Siria, y en Judea, el *jus gladii* asiento y potestad de la punición de muerte, me pertenecía a mí. ¡Estudiad historia, perillanes!

—Ya, ya lo dije yo—adujo mohino el llamado San Juan—. «A nosotros no es lícito matar a nadie.» (27).

—Perdónanos, Poncio—gime contrito el primer evangelista—. Yo creí que ellos condenaban y tú sancionabas el fallo.

—¡Qué dislate!—responde Pilato furioso—. ¿Dónde y cuándo toleró Roma tribunales indígenas como el que suponéis actuaba en Jerusalem imponiendo penas de muerte? Pero, ¡si aun para reunirse el Sanhedrín—juzgador de simples faltas correccionales—necesitaba de mi permiso! (28). ¡Qué narices iba nadie, sino yo, a imponer penas de muerte!

—Mira, Marcos—explica bondadoso Herodes—, vuestra condena de Jesús es una tontería por varias razones. Primera, porque la Beth Din sólo había intervenido para ordenar la detención de Jesús (29). Segundo, por no haberse instruído proceso contra él. Tercero, porque la reunión de amigos en casa del sumo pontífice, sobre ser bufa, no constituía re-

---

(27) Juan, cap. XVIII, vers. 31.—(28) Josefo, «Antigüedades judaicas», 20, 9, 1.—(29) Juan, cap. XI, versículo 57.

unión d  
se públ  
en el pa  
porque  
el Sanh  
ta—, ne  
tar ent  
necios?

—Y a  
yor enc  
su prop  
ba prob  
bre (30)

—A  
tenga u  
nuestro  
camos a  
a Jesús  
sucristo  
que fué  
ba, oh

Fray  
mido y

—Va

(30)  
tado 2.  
tulo XX  
Juan, ca

unión del Sanhedrín, que, por fuerza, congregaría-se públicamente para el juicio un lunes o un jueves en el paraje del Templo denominado Hel. Y cuarto, porque tras esta reunión pública para ver la causa, el Sanhedrín— aun en sus épocas de jurisdicción exenta—, necesitaba reunirse nuevamente otro día, y dictar entonces la sentencia condenatoria. ¿Os enteráis, necios?

—Y aún— agrega Pilato con enojo— incurrís en mayor enormidad. Hacéis se condene a Jesucristo por su propia declaración. Y ello, oh, impostores, estaba prohibido expresamente por la ley y la costumbre (30).

— Antes lo dije — arguye Marcos —. Nadie que tenga un adarme de seso admitirá por verosímil nuestro loco desvarío. Verbigracia, yo y Mateo achacamos a los carcamales aquellos injuriar y abofetear a Jesús. Lucas lo atribuye a los que «tenían» a Jesucristo. Y, por último, el llamado Juan, sale con que fué un doméstico el abofeteador (31). ¡La caraba, oh ilustres!

Fray Alonso de la Bondad Divina exhaló un gemido y comenzó a morir se poco a poco.

\* \* \*

—Va a llegarte la vez, Poncio invicto— continúa

---

(30) Mischna, t. IV, «De Synedriis», cap. VI, apartado 2.—(31) Marcos, cap. XIV, vers. 65; Mateo, capítulo XXVI, vers. 67; Lucas, cap. XXII, vers. 63-64, y Juan, cap. XVIII, vers. 22.

Marcos—. Porque yo y Mateo reunimos clandestinamente, al amanecer, a los que acababan de reunirse poco ha, y para mayor absurdo les hacemos ir a esa hora en busca de Pilatos... que no vivía en Jerusalén, sino en Cesárea del Mar. Aquella tropa lleva consigo a Jesus, atado (32).

—Dí, Pilato—interroga Herodes—, ¿qué hubieras hecho si al amanecer te levanta de la cama una chusma de judíos?

—¿Yo? Algo como lo que cuenta Josefo cuando, por un acueducto que hice construir, la gentuza hebrea vino a mi tribunal. Disfracé soldados provistos de varas, envolvieron a los judíos, y leña por aquí, leña por allá, «murieron muchos judíos por las heridas grandes que allí recibieron, y muchos otros perecieron pisados por huir miserablemente» (33). ¡Bonico era yo para que me molestasen los de las doce cábilas! ¡Yo, que inventé los guardias de asalto!

—En mi novela—reconoce cabizbajo Lucas—, incurro en la misma tontuna de molestarte al amanecer. Pero mi cuento es otro. Lo que Marcos y Mateo ponen en el congresillo de casa del Pontífice, lo pongo yo, variado, en la reunión clandestina mañanera. Le preguntan a Jesús el dislate: «¿Eres tú el Cristo?» Y él responde: «Si os lo dijere, no creeréis. Y también si os preguntare, no me responderéis, ni me

---

(32) Marcos, cap. XV, vers. 1, y Mateo, capítulo XXVII, vers. 1-2.—(33) «Guerra de los judíos», versión española de 1557, lib. II, cap. VIII.

soltaréis  
hago m  
hijo de  
soy.» E  
deseamo  
ca.» (34)

—¡Qu  
ma Her

—En

orden

atado, c

la reuni

gelismo

rio. Y a

mi chus

aquella

no cont

—¡M

rabioso.

—Pu

cos—.

Pero, ¿

—Mi

habría

insensa

os oyes

---

(34)  
pítulo X  
capítulo

*soltaréis.*» ¿Qué, varío el cuento, o no lo varío? Pues hago más. Oid. Y dijeron todos: «¿Luego tú eres hijo de Dios?» Y él les dijo: «*Vosotros decís que lo soy.*» Entonces ellos dijeron: «¿Qué más testimonio deseamos? Porque nosotros lo hemos oído de su boca.» (34).

—¡Qué manera de ignorar ahí la ley judía!—clama Herodes, escandalizado—. ¡Qué desatinos!

—En lo que a mí toca—aduce el llamado Juan—, ordeno por mi santísimo antojo que lleven a Jesús, atado, de casa de Anás a la de Caifás, y de ésta, sin la reunión matutinísima de mis tres colegas en evangelismo y dislates, ¡zas!, conduzco a Jesús al Pretorio. Y aquí, aumento el lío de modo fantástico. Que mi chusma, sobre ir a levantar del lecho a Pilato en aquella hora inusitada, no entra en el Pretorio, «por no contaminarse» (35).

—¡Menuda les hubiera armado!—gruñe Pilato, rabioso.

—Pues yo sí los zampo en el Pretorio—dice Marcos—. Y también Mateillo. E igual Luquillas (36). Pero, ¿qué importa un disparate más?

—Mirad, judíos—habla Pilato—. Ya dije que os habría hecho dar de palos si hubiérais ido con la insensata pretensión de que el procurador de Roma os oyese al amanecer. Y que os oyese cuando habíais

---

(34) Lucas, cap. XXII, vers. 66-71.—(35) Juan, capítulo XVIII, vers. 28.—(36) Marcos, cap. XV; Mateo, capítulo XXVII, y Lucas, cap. XXIII.

cometido el crimen de imponer una pena de muerte, y la necedad de acudir en mi busca para que me hiciera cómplice de vuestro delito contra Roma. ¡Imbeciles! Os habíais reunido sin pedirme antes licencia, ¡y aún!... Menuda solfa os lleváis, cínicos y obtusos! ¡Desconocer lo que era entonces un procurador romano!

—No te irrites aún, egregio—adula Marcos—. Quedan mayores desvaríos. De buenas a primeras, tú, que ignoras de qué acusan a Jesús, te arrancas preguntándole una majadería: «¿Eres tú el rey de los judíos?» (37). ¡El procurador de Roma preguntando eso a un pobre diablo, sucio y astroso, en un país sin reyes! ¡Bueno eras para bromas!

—Añade, gran Pilato—agrega Mateo—que ahí te llamo «el Presidente» (38).

—¿Presidente de qué, impostor?—demanda el poncio—. Ni aun del Sanhedrín, al que presidía el sumo sacerdote.

Lucas sonrío y toma la palabra:

—Querido Poncio, yo te ahorro la bobería de acusar por arte adivinatoria. Remediando la coladura de mis camaradas, voy y digo: «Y comenzaron (los de la patulea) a acusarle diciendo: A este hemos hallado que pervierte la nación y vea pagar tributo al César, diciendo que él es Cristo, el rey». Entonces es cuando sueltas el absurdo: «¿Eres tú el rey de

---

(37) Marcos, loc. cit., vers. 2.—(38) Mateo, loc. cit., versículo 11.

los judíos?» Y cuando Jesús se escurre con su medroso «Tú lo dices», que inventó Marcos y transcribimos Mateo y yo (39).

—¿Y qué hago al oírle? ¿Montar en cólera viendo que un cualquiera me acusa a mí, el terrible Pilato, de tenerle por rey en la romana Judea?

—¡Quiá, hombre!—satisface Lucas—. Te vuelves al público y dices tan fresco: «Ninguna culpa hallo en este hombre.» For cierto que Marcos y Mateo salen por otro registro. Se comen tal exculpación y se burlan de tí haciendo que preguntes y repreguntes a Jesús, sin que él se digne abrir la boca, ni, pese al mal genio tuyo, se te ocurra cosa mejor que maravillarte (40). Como advertirás, todo es ciempiés en nuestros Évangélicos.

—Mira, judío—borbota el poncio, airado—. Para que sepáis quién soy yo, por si se os antoja seguir inventándole hijos a Dios para que yo los ampare, oid el excelente retrato que traza de mí Filón de Alejandría:

«Cuando Poncio Pilato gobernaba en Judea, determinó, más que por honra de Tiberio, con designio de mortificar a las gentes, proceder a la exaltación religiosa de ciertos escudos de oro, cosa muy contraria a nuestros usos y leyes. Hiciéronsele advertencias; mas, resistióse, por ser de natural terco y duro. Gritósele allí de todos lados: «Cesa de inducirnos a guerras y sediciones; cesa de volver imposible la paz. Es deseo del César que se respeten nuestras leyes; pero si recibiste de él algún mandato o escrito nuevo, comuni-

(39) Lucas, cap. XXIII, vers. 2-4.—(40) Marcos, capítulo XV, y Mateo, cap. XXVII.

canoslo, para que una comisión acuda a él sin demora.» Ello tuvo por resulta encolerizar al procurador, temeroso de que al apelar a Roma quedasen al descubierto sus crímenes, y la venalidad de sus sentimientos, y sus robos, y la ruina de las familias, y las ofensas y torturas suscitadas por él, y los constantes suplicios de personas por nadie sujetas a enjuiciamiento: en resolución, la excesiva crueldad suya» (41).

—¿Queréis decirme—acaba el feroz romano—cómo se compagina mi persona histórica con ese bragazas a quien dais mi nombre? ¡Tolerar que el judío Jesús no me respondiera! ¡Brrr!

—Gloria de la tierra—expone el llamado Juan—. No pidas lógica ni buen sentido a los Evangelios. Mas reconoce que, en parte, quiero eludir las insensateces de Marcos, Mateo y Lucas.

—¿Tú?—chilla Pilato, rabiosísimo—. ¿Tú? ¡Tú, que pones la burda invención fuera del Pretorio! ¡Tú, que olvidando el orgullo y prosopopeya de un poncio romano, me haces ir y venir, entrar y salir con recaditos! (42). Estos otros, siquiera, colocan la pueril farsa dentro de mi palacio, en la torre Antonia...

—Por ignorar una cosa—aduce Juan—. Que los judíos nunca hubiesen puesto los pies en la que reputaban vivienda de un animal impuro. Lee el Talmud de Jerusalem y de fijo te convences. Lo que hacen Marcos, Mateo y Lucas es barbaridad indefendible. Sobreañadiendo, de haber habido aquella inverosímil tragicomedia del Pretorio, lo razo-

(41) Filon, «De legat. ad Caio».—(42) Juan, capítulo XVIII, vers. 29, 33, 38.

nable sería que tú, Pilato, primero de acusar a Jesús, preguntases a los que le llevaban: «¿Qué acusación traéis contra este hombre?» Y que la chusma respondiese como en mi Evangelio: «Si éste no fuera malhechor, no te lo habríamos entregado» (43). Mi única torpeza es hacerte decir, atolondrado: «Tomadle vosotros, y juzgadle según vuestra ley.»

—¡ Por las barbas de Júpiter! —ruge Pilato—. ¡ Como que con responder sin más ni más semejante cosa, me haces asno de tomo y lomo!

—Pero al menos así encaja mejor la grotesca pregunta: «¿Eres tú el rey de los judíos?» ¡ Ah! Conste que ahí también le invento a Jesús otra respuesta. En lugar del rastrero «Tú lo dices», replica: «¿Dices esto por tu cuenta, o te lo han dicho de mí otros?» (44).

—¡ Rejehová! — exclama Herodes—. Pero ¡ qué olla de grillos son vuestros Evangelios! ¡ Vaya una orquesta turca!

—Y que lo digas, tetarra—gime confuso Marcos—. Porque desde aquí aumenta el lío. San Lucas te avisa, Pilato, ser galileo el Cristo, y tú, Pilato, coges al Cristo y ¡ arza!, se lo expides a Herodes Antipas, que aunque también mora en Cesárea, casualmente acudió a Jerusalem, como tú (45).

—¡ Por el ombligo del Omnipotente! —ruge fu-

---

(43) Juan, cap. XVIII, vers. 30.—(44) Idem íd. versículo 34.—(45) Lucas, cap. XXIII, vers. 6-7.

rioso Antipas—. Pero, venid acá, majagranzas. ¿Quién os ha dicho que yo, tetrarca de Galilea y Perea, tenía jurisdicción en Jerusalem? Mentecatos, si el galileo hubiese cometido falta de las justiciables por el Sanhedrín, el Sanhedrín, no yo, debía fallar su proceso. Y si el delito de Jesús, por su gravedad, era de los justiciables por la ley romana, Pilato, no yo, debía intervenir exclusivamente.

—Claro, hombre!—confirma el poncio—. ¡Y creen estos noveluchadores que podía yo ignorarlo! ¡Ni que buscaran amontonar dislate sobre dislate! ¿Por quién me habrán tomado los muy...?

—Es lo peor—solloza Lucas—que mi simplonería no tiene otro designio que hacerte, oh, Herodes, escarnecer a Jesús por modo imbécil. Y que lo factures a Pilato, muy bien vestido. Y que, por aquello, Pilato y tú renunciéis a la chusca enemistad que os imagino (46) Afortunadamente, ninguno de estos colegas dice palabra de mi episodio de Herodes. Todos ellos deslían sin él su lío en el Pretorio.

—Sí, lo deslíamos—apunta Juan—; pero ¿cómo? Según Marcos y Mateo, en aquella misma reunión; según Lucas, en otra nueva que convoca Pilato. A decir de Marcos, ante los príncipes de los sacerdotes, ancianos, escribas y todo el concilio. En opinión de Mateo, sólo ante los príncipes de los sacerdotes y los ancianos. A creer a Lucas, ante los príncipes de los sacerdotes, magistrados y pueblo. Cuan- to a mí, me atengo a los ministros de los dos pon-

(46) Idem íd., versículos 8-12,

tífices que inventé, y a los fariseos (47). ¡Grandes, grandísimas tragaderas tendrá quien admita por bueno tamaño guirigay!

El pobre fray Alonso de la Bondad Divina, que continuaba muriéndose poco a poco, zollipó dolorido:

—¡Perdónalos, Espíritu Santo, que no saben cómo te están poniendo!

Y exhaló profundo ronquido, semejante a un gorjeo de canto gregoriano.

\* \* \*

—Verdaderamente, enredadores—asentó Herodes—cumplís lo de hacer migas vuestros famosos Evangelios.

—Calma, calma—contuvo Pilato—. ¿Y lo de Barrabás? Necio es decir que había costumbre, por Pascua, de poner libre a un preso reclamado por la multitud. ¿Cuándo y cómo hubo semejante proceder, desconocido de la Historia? ¿Y por qué, siendo yo tan insensible, me presentáis bregando por vuestro loco y contra Barrabás?

—Mira, poncio ilustre—razona Marcos—, al ponerme a fabricar mi Jesús tenía que aplicarle, por fuerza, todo lo del Salmo 22. Hallábame ya, como elemento útil, con lo del otro Jesús inmolado por Janneo la víspera de Pascua. Y érame preciso matar también a mi Jesús la víspera de Pascua porque, den-

(47) Marcos, cap. XV; Mateo, cap. XVI; Lucas, capítulo XXIII, vers. 13, y Juan, cap. XXIII.

tro de mi novela, Jesús reemplazaría con su sacrificio el del tradicional cordero que nos comíamos con especias la noche de Pascua.

—Mas—continúa—, ¿con qué elementos decorativos zurcir la Pasión de mi Jesús? Diómelos a porrillo la babilónica fiesta de los «Sacaes», cuyo rey me sirvió parcialmente de modelo para mi «rey de los judíos.» «Elegíase a un reo de muerte, a quien sentaban en el trono real. Poníanle vestiduras regias y se le permitía, tanto comer, beber e incurrir en toda laya de excesos, como gozar de las concubinas del príncipe; y ello sin que nadie le fuese a la mano. Mas después le quitaban las preseas, azotábanle y era crucificado» (48). Ahí tenéis lo de las ricas vestiduras que tu soldadesca, oh Pilato, pone a mi Jesús (49) o las que, falseado mi cuento, convierte Lucas en cosa de Herodes (50). Y ahí está el origen de los lances calamitosos en que me to a mi Cristo.

—Lances—protesta Pilato—en que ningún procurador imperial se avendría a ser cómplice. Y me nos cuando a hombre tan duro e implacable cual yo, presentáisle defendiendo la inocencia de Jesús ante las hordas que hice apalea a muerte en tantas ocasiones.

Marcos se hace el distraído, y prosigue:

—Un episodio que leí en Filón (51), vino a re-

- (48) Dion Crisostomo, «Orat», IV.—(49) Marcos, cap. XV, vers. 16-17.—(50) Lucas, cap. XXIII, vers. 11.  
(51) Filón le juif, «*Asversus Flaccus*», ed. Mangey; II, págs. 520-523.

dondear la escena del Pretorio. ¿No sabes que el populacho de Alejandría llamaba «*Car Abbás*» a uno de tales reyes burlescos? Le ponían en una plaza, con risible corona en las sienes, cetro de caña en la mano y una esterilla por manto real. Y la multitud le aclamaba, mofadora: «¡ Señor, Señor!»

—¡ Ah, cínicos!—exclama Herodes—. ¡ He ahí vuestro chungón «¡ Salve, Rey de los judíos!» (52).

—Y la corona de espinas, y el cetro de cañas, y el sacarle de rey con sus propios andrajos (53)—agregó el poncio.

—Cierto—asiente Marcos—. Pero del *Car Abbás* de nuestra Alejandría no sólo saqué todo el escarnecedor atuendo de mi Jesús, sino también lo del preso que la muchedumbre antepuso a Cristo.

—Sigue, perro, que me convences—aprobó el romano.

Marcos sonrió complacido.

—Fué cómodo hacerlo—adujo—. Convertí a «*Car Abbás*» en «*Bar Abbás*». Y poned atención, ¡ oh Pilato y Herodes! Ahí recalqué lo ficticio de mi cuento. ¿No era Jesús el Hijo del Padre? Pues apañé que igualmente lo fuera *Bar Abbás*, porque *Bar Abbás* significa «Hijo del Padre». ¿No se llamaba Jesús mi Cristo? Pues también a *Bar Abbás* le puse de nombre Jesús. No tengo la culpa de que la Igle-

---

(52) Marcos, cap. XV, vers. 18.—(53) *Idem id.*, versículo 17.

sia, para esconder lo imaginativo de mi relato, le suprimiese a Bar Abbás su nombre de Jesús (54).

—Conformes—dijo satisfecho el tetrarca—. Se ve la impostura evangélica.

—Sí—reclamó Pilato—; se ve. Pero sin duda modificó más la Iglesia. ¿El morir Cristo no fué porque le prefiriesen al Bar Abbás, sino en concepto de Bar Abbás, o rey de los «Sacaetas»? El apelativo «Car Abbás» que trae Filón constituye indudable errata, porque «Car» no significa nada; la verdadera locución es «Bar», hijo.

—Todos saben ya—expone Marcos—que la Iglesia escamoteó desde el principio mi auténtico Evangelio, y que este que lleva hoy mi nombre apenas tiene mío otra cosa que el nombre.

—Bien, bien—salta imperioso Pilato—. Aún quedan por esclarecer otras cosillas. ¿Cómo me hacéis sentir «miedo» (55) ante la chusma hebrea? ¿No leísteis en Josefo de qué modo trataba yo a los judíos aun en sus reclamaciones justas? ¡Imbéciles! Si yo hubiera creído inocente a Jesús y deseado salvarle de la ridícula sentencia vuestra, ¡la que armo allí!

—Entonces—aduce Marcos—no habría habido novela. Con hacer apalea a los judíos, según tu cos-

---

(54) *In multis exemplaribus non continetur quod Barabbas etiam Jesus dicebatur, et forsitam recte ut ne nomen Jesu conveniat alicui iniquorum». Orígenes (hacia el año 250). «In Mattheu», XXVII.—(55) Juan, cap. XIX, vers 8.*

tumbre, Jesús quedara libre, y ¡adiós, profecías!, ¡adiós el empeño que atribuimos a Dios de que le desagravien a él matándole su hijo!

—De acuerdo, de acuerdo—consintió el romano—. Mas, ¿por qué no procedísteis con sentido común? ¿Qué interés podría tener yo, que no era cristiano, en exculparme como cristiano con aquel teológico: «Inocente soy yo de la sangre de este justo?» (56).

—Ello—replican Marcos, Lucas y Juan—es cosa exclusiva de Mateo.

—¡Ganas de chinchar a los judíos y de adornar un poquitín el asunto!—explica Mateo—. De ahí también que a mí solo se me ocurra la judiada de hacerte lavar las manos (57). ¡Maldita ocurrencia! Hoy todo el mundo me advierte que tal costumbre—propia de judíos al declarar su inocencia cuanto a un crimen—no estaba en uso entre romanos; y que tú, procurador imperial, no pudiste practicarla. Ferro, en fin, ¡qué importa una incongruencia más entre tantas. ¡Peor es lo de la flagelación!

Pilato se indigna de pronto.

—¡Verdad, impostores!—clama—. Tú, Lucas, me atribuyes querer azotar a Jesús para, con ese castigo, devolverle su libertad (58). En cambio, vosotros, Marcos y Mateo, me hacéis azotar a Jesús como cosa preliminar y correspondiente a la crucifixión (59). ¿De dónde sacáis, salvajes, que fuera

---

(56) Mateo, XXVII, vers. 24.—(57) Idem id. id.—  
(58) Lucas, cap. XXIII, vers. 16 y 22.—(59) Marcos, cap. XV, vers. 15, y Mateo, cap. XXVII, vers. 26.

ineludible la flagelación para los reos de muerte?  
¿Oyes, Juan?

—Verdad es—confiesa Marcos—. Resulta inaudito que tú, Pilato, creyendo en la inocencia de Jesús, agravases así el castigo que le dábais todos, ciscándoos en las leyes romanas y aun en las judías. Y que aún, con mengua del sentido común, consintieses a la soldadesca romana inferir a un reo los burdos agravios que discurremos. ¡Perdón! ¡Perdón! Sólo con esas inverosimilitudes se comprueba que nadie puede tomar en serio las patrañas que urdí yo y agravaron estos amigos y consocios.

Pilato meditó un punto.

—Sí—dijo—. Vuestras fabulillas son propias para gente obtusa y zafia. Pero como me ridiculizásteis a puro quererme hacer bueno, blanducho y cristiano, aquí os voy a dar lo que merecéis, ¡so, falsarios!

Y, sin más ni más, la emprendió a leñazo limpio con los cuatro matatías, que aullando de dolor lanzáronse al lecho de fray Alonso de la Bondad Divina. Este interrumpió la tarea de morir en que estaba, y, abriendo los ojos, repelió a puñadas la mole de los evangelistas.

—¿Qué tienes, Alonsito de mi vida?—preguntóle con ternura doña Tomasa, que con él compartía su lecho conyugal—. ¿Es que te ha hecho daño la cena? Toda la noche has estado de pesadilla. Y va siendo hora de que vayas a tu convento, que pronto comenzarán los maitines...

*Augusta Vivera*

# Tesoro de la literatura revolucionaria

¡UN ACONTECIMIENTO EDITORIAL!

Sin retroceder ante sacrificios, LA NOVELA PROLETARIA publicará la incomparable serie de narraciones llamada TESORO DE LA LITERATURA REVOLUCIONARIA.

¡Todas, obras desconocidas en España!

¡Todas, de autores que han vivido los episodios que relatan!

He aquí algunos títulos de esta magna colección, que no publicará ninguna Editorial burguesa:

1.º, LA LUCHA DEL SOLDADO ROJO, por EMILIO MADARASZ (núm. 23 de LA NOVELA PROLETARIA); 2.º, EL TRAIADOR, por G. NAZALI; 3.º, LA MUERTE DEL REVOLUCIONARIO TADJIK, por ADREDDINE AYNÍ; AMOR COMUNISTA, por ALEJANDRA KOLONAY; 4.º, LUCHA A MUERTE, por MARKO MARCHEVSKI; 5.º, ESTAMPA DE LA REVOLUCIÓN, por G. KOSINKA; 6.º, MATANZA DE JUDÍOS, por ISAAC BABEL; 7.º, LA CAMARADA Y LA PROSTITUTA, por ALEJANDRA KOLONAY; 8.º, EL ERMITAÑO, por MÁXIMO GORKI.

Esta colección será una joya incomparable, sin igual en España.

Ejemplar, 25 céntimos.

Pedidos a

  
**“Ediciones Libertad”**  
ROMA-41 MADRID

Ayuntamiento de Madrid

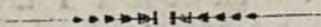
# La "Novela Proletaria"

publica en su próximo número, la sensacional novela revolucionaria

## LA LUCHA DEL SOLDADO ROJO

por

EMILIO MADARASZ



Ejemplar: 25 céntimos

Pedidos a

  
*Ediciones Libertad,*  
ROMA-41 MADRID

Descuento del 30 por 100 en los pedidos a reembolso.  
Ayuntamiento de Madrid